



Recordar, escribir, salvar la vida

Intelectual y cosmopolita, así es la novela con la que Miguel Ángel Hernández fue finalista del Premio Herralde

Hacia tiempo que no leía una novela que me sugiriera tantas ideas. Miguel Ángel Hernández avanza pasos decisivos respecto a su obra anterior, que había sido su primera novela. Lo que allí era promesa es ahora la realidad de un escritor seguro, maduro; sobre todo porque ha logrado comunicar que su literatura tiene mucho que decir.

Esta novela intelectual, cosmopolita, se adentra en el corazón de la reflexión contemporánea sobre el sentido del arte, que es lo mismo que decir sobre el sentido de las palabras, de la fotografía o del cine como medios de representación, y nos pregunta si son capaces de suplantar a la vida. Lo plantea desde la radicalidad de la teoría del vacío que aqueja a otra teoría: la del arte contemporáneo.

Frente a la inanimidad o el relativismo, frente la dictadura de la teoría como modo de suplantación discursiva del referente, esta novela lanza un grito: no todo puede convenirse, no todo es objeto de interpretación. Están el dolor, la historia de lo que fuimos, las huellas, presencias reales que vienen desafiando el escepticismo deconstructivista.

Formas de emoción

Ni que decir tiene que Miguel Ángel Hernández no habría logrado que su libro fuera arte si se tratase únicamente de una tesis abstracta sobre los asuntos que aborda y que él conoce bien como profesor. Ha logrado que sean arte al encarnarlos, es decir, al crear formas de emoción que apelan directamente al lector. La primera es la figuración de un yo que se le parece pero que no es él. Y, sin embargo, el lector percibe que el narrador le está diciendo algo que siente realmente.

La obra, siendo ficción, ha logrado hacerse verdad por medio de otros dos mecanismos de técnica narrativa muy eficaces: por un lado, convertir la historia contada en el guión de su propia escritura. Es como si la

novela fuese una *performance* que emergiera ante nuestros ojos. En esta *mise en abyme* resuenan Péric, Vila-Matas, Sophie Calle y un nutrido grupo de artistas de la imagen que aparecen comentados en el texto con fotogramas concretos. El otro mecanismo es la voz, el tono. Haber ideado todo como una confesión dirigida a Sophie, que había sido amante del protagonista años antes en el mismo lugar en que se desarrolla la trama, colabora a la impresión de verdad que compensa el intelectualismo que rodea sus tesis.

La piedra es el dolor

Obviamente, Miguel Ángel Hernández ha elegido escribir *de menos*, pero hacerlo ofreciendo mucho más. Es justo lo contrario de lo que suele ocurrir. Reconforta ver -ocurría hace poco con Pilar Adón- que jóvenes autores se desembarazan del mercado y sienten más importante escribir su necesidad de contar la vida como ellos la ven.

No es menor detalle que sea Walter Benjamin el inspirador de la novela, ejemplo toda ella de las tesis de la filosofía de la Historia del gran pensador de la Escuela de Fráncfort. La única posibilidad de la Historia sería recuperar el instante del peligro que aletea en los recuerdos. Ese instante coincide con afirmar que la piedra es como el dolor, está allí aunque pretendamos borrarla con su representación. El vacío es la única condición de la palabra, pero también da forma a su necesidad.

Esta novela termina siendo un homenaje a la literatura, desde el convencimiento de que el resto es silencio, fotogramas borrados. Claro está que, para que eso ocurra, la Literatura tiene que ser más que palabra vana: tiene que alcanzar nivel y ser Arte. Este joven escritor lo sabe.

J. M. POZUELO YVANCOS

El instante de peligro Miguel Ángel Hernández



Narrativa
Finalista del Premio Herralde.
Anagrama,
2015. 17,90 euros. E-book: 9,49 euros